

Neruda y los Estados Unidos

Pablo Neruda fue un comunista de mucha utopía y poco dogma.

Por eso, en cuanto "poeta de utilidad pública" -como le gustaba autodefinirse-, nunca incurrió en el odio irracional contra los Estados Unidos. Los admiraba en su componente admirable y la mejor prueba está en su poema *Que despierte el leñador*. En éste expresa su afecto por el país de Lincoln, Jefferson, Melville y Whitman y su reconocimiento hacia sus soldados que atravesaron los mares, para defender la dignidad humana contra el fascismo. "Eres hermosa y ancha Norte América", "armamos tu ciudad, tu substancia, tu luz, tus mecanismos".

Pero también dejó constancia, ahí, de su repudio contra el componente repulsivo: William R. Hearst y los fabricantes de guerras; los racistas encapuchados, los protectores de ciegos periféricos, los cazadores de brujas que quisieron apropiarse la libertad intelectual de Occidente. Es que ese poema era -según declaración del poeta- "una invocación a los Estados Unidos para lograr la paz en el mundo".

Lo notable es que esa pretensión sin maniquitos cuajó a comienzos de la guerra fría, con ambas superpotencias en curso de colisión. Cuando imponían al planeta las reglas del "juego suma cero", a imitación de esas películas donde los malos son peores, los buenos andan con aureola y uno gana sólo si el otro muere.

Por cierto, era un juego diseñado para escamotear los vitales matices de la realidad. Unos lo practicaban para cegar, bajo la sombra cucuiga, las injusticias del capitalismo salvaje y otros, para ocultar la mochila stalinista. En el campo socialista, por ejemplo, aquello forjó un discurso mitológico tan vigoroso, que aún hoy sus recitadores hablan del "renegado peruano" Eudocio Ravines. Nunca admitirán que su libro *La gran casa*, de 1952, fue sólo una denuncia demasiado precoz. Pero, los estudiosos de verdad, incluso en roles oficiales, saben que se trataba de un discurso estufo. El historiador Manfred Kossok, uno de los raros cientistas sociales válidos de la ex República Democrática Alemana, solía ironizar -en privado, por cierto-, diciendo que el socialismo real se imponería, porque "los norteamericanos son los nuevos reosanos y nosotros



los nuevos bárbaros". Por eso, la caída de los muros trajo una especie de segundo aire de imagen, para los Estados Unidos. De golpe, muchos enemigos ideológicos condescendieron que no eran, simplemente, el adalid de los ricos, según designios del dios mercado. Boris Yeltsin, violando una norma básica de las jerarquías soviéticas, contribuyó a ello al no disimular su deslumbramiento ante una sociedad bien abastecida. Miles de fieros antiimperialistas se liberaron de su autocompromiso de no visitar, siquiera como turistas, los Estados Unidos. Consecuentemente, el planeta de las Ciencias Sociales se "desmaniquizó" y hasta sus habitantes más resacos reconocieron los valores genuinos de la superpotencia vencedora.

Los gobiernos norteamericanos de la hora retribuyeron la sonrisa. Hasta pareció que, en una línea de sincrismo con su cultura cristiana, asumirían el liderazgo hacia un mundo en paz y menos desequilibrado. Al efecto, dejarían de considerar a la democracia como un privilegio de países ricos, pagarían sus deudas a la ONU e invertirían en desarrollo ajeno parte de los recursos que dedicaron a la panoplia de la guerra fría.

Fue un gran momento mundial para los Estados Unidos. Lo malo es que sólo fue un momento. Demasiado pronto, la autocomplacencia de la victoria pasó en indulgencia retroactiva. Sus sofistas sociales comenzaron a predicar que si ya vivían en el mejor de los mundos y no tenían rivales de peso similar, no era urgente renovarse. Los ecocientistas des-

piadados se sublevaron por el chorro de inmediato: aquello ratificaba al modelo salvaje como inmutable.

Así, tras la gestión mancada de Bill Clinton, se criticaron reformas peligrosas. Pareció que George W. Bush quería volver al egilismo negligente, desde el *bowler* del aislamiento. Ergo, no era urgente potenciar a la ONU ni invertir en el desarrollo de los países más pobres. Tampoco había que incorporarse a un tribunal penal internacional ni plegarse a acuerdos ecológicos capaces de reducir la soberanía de la superpotencia. En cuanto a las guerras lejanas, había que dejar que los pueblos se desfogaran, entremetándose, si así lo deseaban.

Fue ese el contexto previo al ataque terrorista del 11 de septiembre.

Tras la réplica norteamericana y con sus efectos aún produciéndose, comienza a advertirse una macrogrieta en la opinión pública mundial. El *Washington Post* dio cuenta, la semana pasada, de un ensamble de elites, a nivel global, según el cual estarían en vías de plasmarse un nuevo corte dicotómico, pero esta vez entre la percepción interna norteamericana y la del resto del mundo. La gran diferencia estaría en la vinculación (o no vinculación) de los comportamientos políticos del pasado con la amenaza terrorista de hoy.

En ese punto, es urgente volver a Neruda. Y recordar que hace más de medio siglo, en el canto IV de su poema mencionado, lanzó una advertencia que hoy debe leerse con ojos nuevos. Es cuando advierte a los Estados Unidos que, si no corrigen las conductas denunciadas, "saldrá también el ásceno desencadenado / hacia vuestras ciudades orgullosas".

Neruda y los Estados Unidos [artículo] José Rodríguez Elizondo

Libros y documentos

AUTORÍA

Rodríguez Elizondo, José

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Neruda y los Estados Unidos [artículo] José Rodríguez Elizondo. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

Biblioteca Nacional Digital

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa